

Del antifascismo al antiperonismo: derivas de la identidad reformista entre los treinta y los sesenta

Por Ricardo MARTÍNEZ MAZZOLA*

LOS ANIVERSARIOS SUELEN SUSCITAR conmemoraciones que ponen en escena disputas por la apropiación. El que se cumplió en 2018, nada menos que un centenario, generó en Argentina una amplia gama de homenajes a la Reforma Universitaria. Algunos de ellos eran previsibles, como los del movimiento estudiantil, las propias universidades y aun de fuerzas políticas como el radicalismo y el socialismo, que siempre hicieron gala de su vinculación con la experiencia iniciada cien años antes en Córdoba. Más novedosa fue la reivindicación que se propuso del acontecimiento y de la identidad reformista desde una tradición política, la peronista, que a lo largo de la mayor parte de su historia se había mostrado furiosamente antirreformista, furia que era replicada, con igual vigor, por parte de quienes asumían aquella identidad.

En esta recuperación del reformismo desde la tradición peronista han participado no sólo dirigentes políticos sino también intelectuales identificados con esa tradición como Adriana Puiggrós y Eduardo Rinesi. A las numerosas intervenciones que ambos han dedicado a la cuestión, hace pocos meses se han agregado los prólogos a los dos tomos de la reedición que la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires ha hecho de un clásico sobre la historia de la Reforma Universitaria y el movimiento estudiantil, *Estudiantes y política en América Latina: el proceso de la Reforma Universitaria (1918-1938)*, de Juan Carlos Portantiero.¹ La nueva edición se diferencia de la publicada por Siglo XXI hace cuarenta años, hoy inhallable, no únicamente por la separación en dos volúmenes sino por la incorporación de un capítulo, “Estudiantes y

* Investigador adjunto del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas; profesor de la Universidad Nacional de San Martín y de la Universidad de Buenos Aires, Argentina; e-mail: <ricardomm17@yahoo.com>.

¹ Adriana Puiggrós, “Prólogo”, en Juan Carlos Portantiero, comp., *El proceso de la reforma universitaria (1918-1938): crónicas, documentos, testimonios y polémicas*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de la Facultad de Filosofía y Letras-UBA, 2018, pp. 9-19; y Eduardo Rinesi, “Prólogo”, en Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina: el proceso de la Reforma Universitaria (1918-1938)*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de la Facultad de Filosofía y Letras-UBA, 2018, pp. 7-24.

populismo”, incluido en la edición original italiana publicada en 1971² pero ausente de la realizada en México años después.³ Los prólogos de Puiggrós y Rinesi partirán de este capítulo —que planteaba una dura requisitoria al movimiento estudiantil reformista, que una mirada superficial, basada en un prisma antifascista, había conducido a la “incomprensión” del peronismo y al enfrentamiento con el movimiento obrero— para imaginar un movimiento estudiantil que por fin deje sus anteojeras ideológicas y encuentre su destino nacional y popular.

Pero lejos de ser superficial, el vínculo entre reformismo y antifascismo respondía a una relación que a lo largo de este artículo, aunque con inevitable rapidez y deteniéndonos sólo en algunos momentos significativos, intentaremos reconstruir. Nuestro recorrido se abre en 1930, con las iniciativas unitarias que los reformistas plantearon al interior de los partidos a los que habían ingresado luego del golpe de ese año. Aborda después las posiciones del reformismo ante las propuestas de constitución de un Frente Popular a mediados de la década, así como las exhortaciones de referentes como Julio V. González y las propias federaciones universitarias a vincular estrechamente reformismo y antifascismo. A continuación da cuenta de la oposición del movimiento estudiantil al gobierno militar implantado en 1943, que en 1945 llega a un pico de enfrentamiento con Juan Domingo Perón, a quien identificaban como el hombre fuerte y el posible sucesor de la “dictadura”. Se presenta luego el camino de la desmovilización inicial a la lucha callejera final que sigue el movimiento estudiantil en los años peronistas. Finalmente, y luego de un epílogo que reconstruye el proceso de diferenciación que el movimiento reformista experimenta después de 1955, el artículo se cierra en un diálogo crítico, no sólo con los prólogos de Puiggrós y Rinesi al texto de Portantiero sino con la lectura que el sociólogo hiciera de la relación entre movimiento estudiantil y peronismo.

² Juan Carlos Portantiero, *Studenti e rivoluzione nell'America Latina: dalla "Reforma Universitaria" del 1918 a Fidel Castro*, Milán, Il Saggiatore, 1971.

³ Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina: el proceso de la Reforma Universitaria (1918-1938)*, México, Siglo XXI, 1978 (Col. *América nuestra*, núm. 17).

1. *Reformismo y antifascismo en los años treinta*

Los reformistas en busca de un acuerdo de las “fuerzas democráticas”

EL régimen militar nacido del golpe de Estado que en septiembre de 1930 derribó a Hipólito Yrigoyen adoptó duras políticas represivas que incluyeron la detención de centenares de estudiantes, obreros y militantes políticos. Considerando clausuradas las condiciones de autonomía en que habían basado su militancia previa, pronto muchos universitarios abandonaron las propuestas de crear una fuerza política propiamente reformista e ingresaron a los partidos políticos preexistentes.⁴ Sin embargo, al tomar parte en los debates que agitaban las distintas fuerzas a las que se habían incorporado, los reformistas mantuvieron algunos rasgos de su viejo bagaje: el juvenilismo, el activismo y la gran valoración del papel de las ideas y los programas. Otro de los rasgos compartidos fue la voluntad unitaria. A comienzos de la década, tal voluntad se plasmaría en las propuestas de construir una amplia confluencia que enfrentara a los herederos de un régimen autoritario que no escondían sus ambiciones de recortar libertades democráticas, modificando la Ley Sáenz Peña e incluso soñando, en la estela del fascismo y el falangismo, con reformas constitucionales que incluyeran formas corporativistas.

A mediados de 1931 un numeroso núcleo de militantes encolumnados en la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA), hizo pública una declaración titulada “Los universitarios argentinos y el problema político nacional”,⁵ en la que se afirmaba que “la juventud universitaria adicta a la Reforma” entendía que había llegado el momento “de concentrar todo su esfuerzo en la acción cívica y en la solución de los problemas políticos del país”. La “actual generación”, se subrayaba, debía propiciar “una

⁴ Sobre la relación del reformismo con los partidos véase Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la Argentina: la década del 60*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, pp. 56-63; y Osvaldo Graciano, *Entre la torre de marfil y el compromiso político: intelectuales de izquierda en la Argentina, 1918-1955*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2008, pp. 144-163.

⁵ Entre los firmantes se encontraban referentes del movimiento estudiantil como Gabriel del Mazo, Julio V. González, Raúl Migone, Néstor Raffo, Guillermo Watson y Jorge W. Perkins. Algunos de ellos ya se reconocían como militantes de alguno de los partidos a los que convocaban a constituir la alianza: Del Mazo, Perkins y Watson se alistaban en las filas de la Unión Cívica Radical, mientras González y Migone lo hacían en las del Partido Socialista.

concordancia de los partidos auténticamente democráticos o con elementos democráticos, a fin de sostener un programa común”. Tal concordancia, se afirmaba, constituiría la condición indispensable para quebrar toda combinación que pretendiera, a través de “dispersión de las izquierdas” y de la “conurrencia pseudolegalizadora de alguna minoría radical”, prolongar el gobierno militar en otro de apariencia legal.⁶

La convocatoria a una alianza entre partidos “democráticos” se planteaba a partir de una yuxtaposición de ejes, en la cual la oposición entre democracia y dictadura remitía directamente a la contraposición entre izquierda y derecha. Esta yuxtaposición de democracia e izquierda era la que, en la visión de los universitarios, facilitaría el camino hacia la confluencia entre los partidos a los que llamaban a unir sus fuerzas: la Unión Cívica Radical (UCR), el Partido Demócrata Progresista (PDP), el Partido Socialista (PS) y el Partido Socialista Independiente (PSI).

A pesar del apoyo que los reformistas que habían ingresado a los diferentes partidos prestaron a la confluencia opositora, la iniciativa no logró prosperar. Finalmente, y luego de que el gobierno vetara la candidatura presidencial de Marcelo T. de Alvear, la UCR adoptó una política de abstención electoral. El PSI, en cambio, integraría la “Concordancia” junto a las fuerzas conservadoras reunidas en el recién fundado Partido Demócrata Nacional (PDN) y la Unión Cívica Radical Antipersonalista (UCRA). Por su parte en el Sexto Congreso Extraordinario del PS, reunido en Buenos Aires en agosto de 1931, se asistió al enfrentamiento entre quienes proponían constituir una alianza encabezada por una fórmula presidencial mixta entre PDP y PS y quienes, retomando los planteamientos del movimiento estudiantil, proponían avanzar en “una acción conjunta de todas las fuerzas, políticas, gremiales y universitarias en pro de la más breve vuelta a la normalidad”.⁷ Finalmente los primeros impusieron, por amplio margen, la conformación de la Alianza Demócrata Socialista.

Y mientras a nivel nacional los reformistas no lograron dejar su huella en la coalición que enfrentaría a las fuerzas herederas del

⁶ “Los universitarios argentinos y el problema político nacional”, Buenos Aires, FUBA, 1931, p. 1.

⁷ *La Vanguardia* (Buenos Aires), 30-VIII-1931; Sebastián Giménez y Ricardo Martínez Mazzola, “Del claustro a la tribuna: los universitarios reformistas y los partidos políticos en la década del 30”, en Daniel Saur y Alicia Servetto, coords., *Universidad Nacional de Córdoba: cuatrocientos años de historia*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 2013, tomo II, pp. 87-106.

golpe de septiembre, en Córdoba esa conjunción estuvo marcada por los hombres de 1918. La Alianza Civil, nombre que recibió la coalición en esa provincia y que luego se extendió a nivel nacional, se caracterizó por el papel central de figuras como Gregorio Bermann, designado candidato a gobernador, Deodoro Roca, candidato a intendente de la ciudad de Córdoba, y Arturo Orgaz, candidato a senador provincial. César Teach subraya que si en Buenos Aires la alianza se había apoyado en la organización del PS y en Santa Fe en la del PDP, en Córdoba el núcleo impulsor estaba formado por intelectuales de origen reformista.⁸ Ellos habían formado su Comité Ejecutivo Provisorio, escrito su Declaración de Principios y también tenido a cargo las principales actividades proselitistas.

Finalmente, y pese a la gran movilización que llevó adelante, la Alianza Civil no logró imponerse en Córdoba. Las candidaturas de Bermann y Roca fueron derrotadas por las listas conservadoras; desde el llano, ambos se ligaron a la “izquierda” socialista. Arturo Orgaz, en cambio, logró ser electo senador provincial, permaneció por el resto de su vida en las filas del PS y se convirtió en uno de los principales líderes del socialismo cordobés.

La voluntad de avanzar en acuerdos que fueran más allá de las etiquetas partidarias se pondría nuevamente de manifiesto en junio de 1932 con la participación estudiantil en un acto “en defensa de las instituciones democráticas, de las libertades públicas, del imperio de la constitución, del sufragio universal”, al que concurren junto a organizaciones gremiales, el PS, el PDP, pero también el PSI y la UCRA. El disparador del acto fue la inmensa movilización suscitada por el funeral del general José Félix Uriburu a fines del mes de mayo, en la que tuvieron un papel central los miembros de la filofascista Legión Cívica, quienes marcharon a paso militar. En los días que siguieron al funeral se dejaron oír las voces de aquellos que proclamaban la necesidad de avanzar en reformas corporativistas que había sostenido el difunto. Ante los rumores de un golpe militar, que contaría con la simpatía de los nacionalistas pero también de sectores del gobernante PDN, la dirección del PS designó una comisión para preparar, junto con otros partidos, organizaciones gremiales e instituciones estudiantiles, un mitin

⁸ César Teach, “Deodoro Roca: militante socialista”, en Deodoro Roca, *Obra reunida*, III. *Escritos jurídicos y de militancia*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 2009, p. xlvi.

“en defensa de las instituciones democráticas, de las libertades públicas, del imperio de la constitución, del sufragio universal”.⁹

La iniciativa buscaba que el gobierno de Agustín P. Justo dejara de apoyarse en los conservadores para posibilitar una coalición de fuerzas democráticas. Ello explicaría tanto los avales que obtuvo —el PS, el PDP, la UCR de Entre Ríos, la UCR antipersonalista de la Capital Federal, Concentración Obrera—¹⁰ como las ausencias: el yrigoyenismo y el Partido Demócrata Nacional. Invitado a tomar parte, el primero respondió que aunque compartía la necesidad de defender la democracia, las resoluciones tomadas por convenciones anteriores y lo excepcional de un escenario político que les impedía participar en los poderes del Estado hacían necesario que organizaran por su propia cuenta una acción en la que “no se confunda lo que no debe confundirse”.¹¹ La razón de la ausencia del PDN era más obvia, no había sido convocado.¹² La falta de una invitación, que implícitamente los asociaba con la “tentativa fascista”, motivó una convocatoria a que el ministro del Interior diera cuenta de lo fundado o infundado de las “alarmas” a que hacía referencia la oposición.

El 18 de junio una multitud se reunió en Plaza Congreso. Ante ella hablaron dirigentes del PS, el PDP, la UCRA y el PSI. También hicieron uso de la palabra Luis Cerutti por la Confederación General del Trabajo (CGT) y Juan Manuel Villarreal por la FUBA. La prédica puramente institucionalista que los diferentes dirigentes partidarios desplegaron en el acto contrastó con la de los representantes de los movimientos sociales, estudiantil y gremial, que mostraron posiciones más radicalizadas. Villarreal sostuvo que los estudiantes estaban dispuestos a defender la democracia, y agregó: “Pero la democracia auténtica. Aquélla en la cual los derechos del ciudadano no son meros enunciados teóricos sino realidades. Una democracia cuyo nervio sea el trabajo y no aquella estructura que sólo sirve para afianzar la explotación del hombre por el hombre. Queremos y defenderemos la democracia basada en la justicia social”.¹³

⁹ *La Vanguardia* (Buenos Aires), 12-vi-1932.

¹⁰ *La Vanguardia* (Buenos Aires), 13-vi-1932.

¹¹ *La Vanguardia* (Buenos Aires), 13-vi-1931.

¹² La ausencia de esta invitación, que será duramente reprochada por el PDN, no parece haber sido advertida por Halperin Donghi, quien, por el contrario, especula acerca de los motivos por los que el PDN habría dado una “destemplada negativa” a dicha invitación, Tulio Halperin Donghi, *La República imposible (1930-1945)*, Buenos Aires, Ariel, 2004, pp. 95-96.

¹³ *La Vanguardia* (Buenos Aires), 19-vi-1932.

Los dos rasgos centrales del discurso de Villarreal, la defensa de la democracia ante el fascismo y la consideración de que la democracia sólo era auténtica si se asociaba a una transformación social, reaparecían en una declaración que la Federación Universitaria Argentina (FUA) daría a conocer a mediados de 1933. La misma se abría citando el Manifiesto Liminar de 1918 para subrayar que la situación de mediocridad e inmovilidad en él descrita subsistía, agravada en momentos en que “el fracaso de una sociedad fundada en la economía privada y el derecho individual” había conducido a la intensificación de la reacción en la Universidad. Ante tal situación —citaba la resolución adoptada por el Segundo Congreso Nacional de Estudiantes Universitarios reunido en agosto de 1932— los estudiantes sólo podían responder trabajando por “la estructuración de una sociedad fundada en el derecho colectivo y la economía social”.¹⁴ En el documento se abordaba el problema de la guerra, “de cuyas bárbaras e inhumanas causas y efectos” la cercana lucha entre Bolivia y Paraguay daba ejemplo, y se daba cuenta de las amenazas a la democracia. Así se denunciaba que las universidades argentinas estaban “gobernadas por ilegales estatutos y por los más crudos representantes de la extrema derecha, neofascistas criollos que utilizan la cátedra y la burocracia universitaria para desparramar por el país su detonante ‘revolucionarismo’ que añora el régimen dictatorial de Uriburu con sus canonjías”.¹⁵ Se subrayaba que la reacción políticosocial mundial había repercutido en América a través de “revoluciones americanas” con hondas raíces imperialistas que habían impuesto dictaduras oligárquicas en Cuba, Venezuela, Perú y el vecino Uruguay. El documento también contrastaba que mientras el gobierno ponía trabas a la movilización antifascista que llevaban adelante la FUBA y la FUA nada hacía frente a los “militares en retiro, abogados y representantes ‘nacionalistas’ de empresas extranjeras [que] preconizan gobiernos de fuerza e imitaciones del fascismo mussoliniano y hitlerista”.¹⁶ Mostrando de nuevo que el antifascismo que proponía no era sólo defensivo sino transformador,¹⁷ el documento concluía: “la Federación Universitaria Argentina continuará luchando contra los intentos regresivos y

¹⁴ “Manifiesto de la Federación Universitaria Argentina”, en Portantiero, *Estudiantes y política* [n. 1], p. 175.

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ *Ibid.*, p. 176.

¹⁷ Sobre el combate al fascismo, sus diferentes “rostros” y los modos en que fue asociado a la política argentina, véanse Andrés Bisso, *Acción Argentina: un antifascismo nacional en tiempos de guerra*, Buenos Aires, Prometeo, 2005; y “Presentación: condi-

contra el fascismo y recomienda se intensifique en todo el país una activa campaña de solidaridad con obreros y maestros colaborando en todo esfuerzo orgánico en el campo político y social por fundar las nuevas bases solidaristas y colectivistas de la sociedad”.¹⁸

Los reformistas y el Frente Popular

Hacia mediados de la década de 1930, y desde diferentes espacios políticos, los reformistas volverían a hacer sentir su vocación unitaria para apoyar la organización de un Frente Popular que enfrentara al conjunto de fuerzas conservadoras asociadas con el fascismo.

En el marco de las elecciones a gobernador en Córdoba, en 1935 sectores del reformismo plantearon un claro apoyo a la propuesta de concretar el Frente Popular. Dos razones contribuyeron a ello: 1) las mayores oportunidades de éxito con que parecía contar el radicalismo en Córdoba luego del levantamiento de la política de abstención, decidido por la Convención Nacional de la UCR a comienzos de ese año; 2) el claro perfil opositor y progresista de la fórmula Amadeo Sabbatini-Alejandro Gallardo.

Pocos días después del triunfo electoral, algunos militantes reformistas que habían dado su apoyo afirmaron que no se trataba de una victoria puramente radical sino de una nacida del conjunto de las fuerzas opositoras. En el editorial que abría el tercer número de *Flecha*, Deodoro Roca argumentaba que lo que estaba sacudiendo al país no era el radicalismo sino una fuerza más profunda. Aquél, explicaba, podía ser “el gran cauce seco por donde el aluvión precipita sus aguas [...] En días de tormenta —como éstos— [...] la fina hebra se hincha, y rueda, y llena, arrolladora, el ancho cauce, el único por donde puede expresar su turbulenta vehemencia”. Para el líder reformista no se trataba del triunfo de los radicales, a los que suponía menos numerosos que en 1930, sino de “la afirmación popular de una Nueva Argentina”.¹⁹ Si la voluntad nacional se había expresado en el radicalismo, explicaba, era porque no existía, al menos por el momento, otro cauce disponible. El planteo abría a una firme demanda a la fuerza vencedora:

ciones de desarrollo, esplendor y ocaso de una apelación política nacional (1922-1946)”, en Andrés Bisso, *El antifascismo argentino*, Buenos Aires, cedinci, 2007.

¹⁸ “Manifiesto de la Federación Universitaria Argentina”, en Portantiero, *Estudiantes y política* [n. 1], p. 176.

¹⁹ Deodoro Roca, editorial, *Flecha* (Córdoba), núm. 3 (26 de noviembre de 1935).

Es hora ya de que revele su incógnita, de que hable un lenguaje comprensible, de que sofoque su retórica, de que deje, en la zarza ardiente, las lenguas de fuego de su verbo heroico y ramplón. Es hora ya de que afeite las barbas de sus apóstoles [...] Su “silencio” no puede ser: ni programa revolucionario ni programa de gobierno. Ni para llegar, ni para estar.²⁰

Pero los planteamientos acerca de la necesidad de una confluencia entre fuerzas políticas se oían también en las propias filas radicales, en particular en la voz de Moisés Lebensohn. El bonaerense había militado en el reformismo platense y, luego del golpe de José Félix Uriburu en 1930, había decidido adherirse al radicalismo.²¹ Cuando en enero de 1935 la Convención de la UCR decidió levantar la abstención, Lebensohn no pudo evitar formularse la espinosa pregunta de hasta qué punto el hecho de participar en el esquema de la república del fraude serviría no para minar desde dentro el régimen político de la restauración conservadora, sino para dotarlo de legitimidad. A partir de allí comenzaría a descreer en la posibilidad de que la UCR pudiera reconvertirse en un movimiento de izquierda, tal como él ambicionaba, y depositaría sus expectativas en la formación de un Frente Popular capaz de aglutinar al conjunto de los partidos “democráticos”. Lebensohn afirmaba que en una situación marcada por el avance de las fuerzas fascistas sería un error fatal “reducir las proporciones de la contienda habla[ndo] de una puja entre radicales y conservadores”. Tal reduccionismo llevaría a una dispersión de los partidos no oficialistas, y “en esta emergencia dividir es traicionar”.²²

Más allá de las diferencias entre las intervenciones de la FUBA en 1931 y las de Roca y Lebensohn a mediados de los treinta, podemos señalar un rasgo común: la persistente convocatoria a la unidad suprapartidaria dejaba ver la supervivencia de un rasgo del reformismo anterior a 1930. Aunque ahora los partidos políticos eran vistos como fuerzas a las que se podía —e incluso se debía— ingresar, seguía considerándoseles simples canales, fragmentos transitorios de un espacio más amplio regido por una lógica más profunda.

Por un momento pareció que las apelaciones frentistas de figuras como Roca o Lebensohn tendrían éxito. En marzo de 1936 las elecciones de renovación parlamentaria que siguieron al retorno radical demostraron que la UCR mantenía muchos de sus viejos

²⁰ *Ibid.*

²¹ Giménez y Martínez Mazzola, “Del claustro a la tribuna” [n. 7], p. 106.

²² *Democracia* (Junín), 9-XII-1936, p. 3.

apoyos, lo que le permitió alcanzar un bloque de 43 diputados. Al constituirse la Cámara, el acuerdo de las fuerzas opositoras se expresó en el voto a una “mesa de afirmación democrática” conformada por un presidente radical, un vicepresidente primero socialista y un vicepresidente segundo demócrata progresista. La votación, explicaban los socialistas, traducía “el repudio contra el fraude y la violencia, encarnados principalmente en los diplomas de la provincia de Buenos Aires, y contra la tendencia a imponer prácticas y sistemas que la mayoría del pueblo argentino rechaza con toda energía”.²³

Pero los acercamientos entre socialistas, radicales y demócrata-progresistas —que recibían impulso del triunfo del Frente Popular en las elecciones españolas de febrero de 1936— no sólo se daban en el Congreso. Por primera vez en la historia, estas fuerzas también se aprestaban a participar en el acto del 1° de mayo. La invitación —cursada por la nueva conducción de la CGT, en manos ahora del grupo ferroviario encabezado por Juan Doménech, quien había abandonado las concepciones más estrechas de la neutralidad gremial— incluía al ilegalizado Partido Comunista (PC) y también al movimiento estudiantil representado por la FUBA y la FUA, entidades que por primera vez alcanzaban la tribuna del acto central del movimiento obrero. La consigna de la unidad obrero-estudiantil parecía cercana a realizarse en clave antifascista.

Sin embargo y pese a la prédica a favor del Frente Popular de varios sectores, entre ellos el movimiento estudiantil, éste no se concretó en las elecciones presidenciales de fines de 1937. En esos comicios, escandalosamente fraudulentos, la fórmula de la UCR, Marcelo T. de Alvear-Enrique Mosca, apoyada también por el PC, obtuvo algo más de 800 000 votos frente a algo más del millón que obtuvieron Roberto Ortiz y Ramón Castillo, candidatos de la Concordancia. En una elección casi plebiscitaria el PS logró poco más de 50 000 votos.

La dura derrota reactivó los esfuerzos por alcanzar un entendimiento entre las fuerzas opositoras. Sin embargo, las expectativas que despertaron las promesas democráticas de Ortiz, sobre todo en filas radicales, hicieron que la prédica frentepopulista entrara en un relativo paréntesis; ésta sería retomada vigorosamente en 1940, cuando Ortiz fuera reemplazado por su vicepresidente, el conservador catamarqueño Ramón Castillo, un hombre que no sólo aparecía vinculado con el fraude y mantenía relaciones con

²³ *La Vanguardia* (Buenos Aires), 25-iv-1936.

sectores nacionalistas sino que estaba fuertemente enfrentado con el reformismo desde sus días de decano de la Facultad de Derecho de la UBA.

Reformismo y compromiso antifascista

En ese marco de oposición al gobierno de Castillo, y en paralelo al apoyo que muchos reformistas daban a las iniciativas en pos de la formación de un Frente Popular, algunos de ellos, como Julio V. González, buscaron profundizar la articulación “teórica” entre reformismo y antifascismo. En junio de 1941 el platense dio una conferencia en Rosario patrocinada por el Centro de Estudiantes de Medicina de la Universidad Nacional del Litoral. Luego de aclarar que no hablaba como diputado nacional ni como militante del PS sino como “agitador reformista”, subrayó que la Reforma implicaba un compromiso con la época en que se vivía. Discutiendo con los “reformistas emboscados” que pretendían limitarla al aspecto universitario, González argumentó que la Reforma había surgido de tres conmociones históricas: la guerra, la Revolución Rusa y el ascenso del radicalismo al poder, y recordó que desde el Primer Congreso de Estudiantes, reunido en México en 1921, había luchado por la autodeterminación de los pueblos y contra las tiranías. Eso lo llevaba a dudar, declaraba en referencia al punto central de la conferencia, “que pueda haber un nazista o fascista que pueda ser reformista”.²⁴

Pero los contradictores principales de González no eran los fascistas declarados, sino aquellos sectores del movimiento estudiantil, como los comunistas²⁵ y también los adherentes a la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA), que apelaban a un discurso antiimperialista para sostener posiciones de equidistancia entre los países en guerra. González aclaraba que no proponía ir al combate sino subrayar que la guerra se daba también fuera de los campos de batalla y que hacía más de una década que había sido emprendida por una prédica doctrinaria, la de los fascistas, que había encontrado ecos entre supuestos nacionalistas que, “entregados a una campaña de destrucción de todo lo argentino”

²⁴ Julio V. González, “Vigencia de la reforma y la lucha contra el totalitarismo”, en Julio V. González, *La Universidad: teoría y acción de la Reforma*, Buenos Aires, Claridad, 1945, p. 157.

²⁵ Aunque luego de la invasión a la URSS, que sucedería sólo una semana después, el PC fija su postura.

despreciaban la libertad y hacían apología del totalitarismo.²⁶ El platense declaraba que el reformismo era enemigo del imperialismo y, al respecto, recordaba sus proyectos parlamentarios de nacionalización de los teléfonos, pero subrayaba que si al inglés o norteamericano se lo combatía con medidas económicas como las propuestas, el imperialismo expansionista fascista debía ser combatido por otros medios. Afirmaba: “Yo digo que la Reforma Universitaria es antitotalitaria porque su doctrina se nutre del principio de la libertad del individuo” y se preguntaba cómo algunos reformistas podían abstenerse de condenar “a aquellos que en el mundo están arrasando la libertad [...] donde haya autoritarismo, dictadura o totalitarismo, allí debe estar el reformista combatiéndolo [...] No es reformista quien no combate las dictaduras, cualquiera sean sus formas y títulos”.²⁷

González emplazaba a los reformistas y a la juventud en general a movilizarse contra el gobierno de Roberto Castillo, el que, alegaba, favorecía la propaganda antidemocrática de fascistas y nacionalistas. Estos llamados encontraron eco en el movimiento estudiantil: a comienzos de 1942 dos agrupaciones de larga tradición reformista de la Facultad de Derecho de la UBA, la Unión Universitaria Reformista y el Partido Reformista Izquierda, se unieron para crear la Agrupación Independiente del Centro de Estudiantes de Derecho, fundando tal decisión en la necesidad de “unificar al elemento democrático” de esa Facultad para enfrentar la amenaza de quienes pretendían destruir o desvirtuar el sistema democrático. El adversario era hecho explícito en el tercer punto de la resolución constitutiva, que excluía de la agrupación “a todos los estudiantes que militen en partidos o facciones de tendencia nazi, fascista o comunista”.²⁸

La lectura que aun después de la invasión alemana a la Unión Soviética mantenía la asociación entre nazismo, fascismo y comunismo, en tanto enemigos de la democracia, se iría modificando. Hacia mediados de 1942 la condena se limitaba a los primeros y la FUA declaraba su apoyo a los Aliados, a la vez que algunos núcleos universitarios comenzaban a confeccionar listas de profesores vinculados al nazismo. Entre los denunciados se hallaba un viejo referente reformista como Carlos Astrada, identificado con posiciones nacionalistas. Considerando “incompatible el ejercicio

²⁶ González, “Vigencia de la reforma y la lucha contra el totalitarismo” [n. 24], p. 160.

²⁷ *Ibid.*, pp. 165-166.

²⁸ *Universitario*, núm. 14 (febrero de 1942).

de la función docente con la militancia en tendencias antidemocráticas”, el Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA pidió que se investigaran las actividades de Astrada. Desechando los argumentos de quienes sostenían que, por no hacer propaganda desde la cátedra, Astrada no debía ser sancionado, desde el periódico *Universitario* Plácido Horas citaba las afirmaciones de González respecto del compromiso que todo reformista tenía con la época que le tocaba vivir y concluía: “El momento que transcurrimos se orienta hacia la absoluta conquista de la libertad o hacia su pérdida total [...] El ciudadano protege a su universidad afuera y en las aulas. Defenderla es hoy impedir la inclusión de personas liberticidas en las cátedras”.²⁹

En la misma línea, el Congreso Universitario Argentino reunido en Córdoba en octubre de 1942 declaraba:

1) Que hay una diametral oposición entre la concepción reformista y la concepción nazi, de la vida y del hombre; 2) que, en consecuencia, el movimiento reformista y el pueblo argentino, deben hacer de la nación un bloque granítico en la lucha por la libertad y en contra del nipo-nazifascismo; 3) que la abrumadora mayoría de estudiantes y pueblo exige el rompimiento con los países del Eje [...] 6) que la realidad internacional nos impone, asimismo, la necesidad de reanudar las relaciones con la URSS.³⁰

Explicando los contenidos de la resolución, Luis Pandra, presidente del Centro de Estudiantes de Derecho de la UBA, recordaba que entre sus considerandos se hallaba “la impostergable reconciliación de los gobiernos con la ley y la soberanía popular”, a la vez que la denuncia del modo en que “la oligarquía gobernante” pisoteaba las libertades fundamentales consagradas por la Constitución.

Estas consideraciones, fuertemente críticas para el gobierno de Castillo, explicarían que el golpe de Estado que lo derribó en junio de 1943 fuera recibido con relativa expectativa por los sectores “democráticos”, entre ellos el movimiento estudiantil. El 9 de junio una delegación de la FUA concurre a la Casa de Gobierno para reunirse con el novel presidente, el general Pedro Pablo Ramírez, y transmitirle “las inquietudes de los universitarios”. La FUA afirmaba que desde hacía años el país vivía “bajo el signo del fraude, del peculado, de la deshonestidad como conducta de los gobernantes, de la ilegalidad en todos los órdenes”. Y manifestaba

²⁹ *Universitario*, núm. 19 (julio de 1942).

³⁰ *Universitario*, núm. 23 (noviembre de 1942).

su esperanza de “que todo esto, con la revolución había terminado”. El comunicado de la FUA transmitía las palabras de Ramírez de que así sucedería y sus afirmaciones de que los pedidos de los estudiantes coincidían con “los ideales de la revolución”.³¹

La declaración de la FUA, que recaería en el notorio intelectual nacionalista Jordán Bruno Genta, no dejaba ver desconfianza ante las afirmaciones de Ramírez, sin embargo, el mismo periódico *Universitario* que la transcribía informaba de la detención de dirigentes estudiantiles y de la intervención de la Universidad Nacional del Litoral.

2. *El movimiento estudiantil frente al peronismo*

Del antifascismo al antiperonismo

LA política llevada adelante por la revolución de junio —intervención de las universidades, expulsión de profesores, prohibición de la política estudiantil y encarcelamiento de centenares de estudiantes— reforzó la oposición de un movimiento estudiantil que la asociaba con el nazifascismo.

El primer enfrentamiento se dio en la Universidad del Litoral. Ante la decisión de su interventor de expulsar a profesores y suspender a cientos de estudiantes, la Federación Universitaria del Litoral convocó a un paro de 72 horas y la FUA protestó ante el general Ramírez. A fines de septiembre Genta fue reemplazado. De mayor alcance fue el conflicto que se inició cuando un grupo de profesores y figuras políticas, encabezado por Bernardo Hous-say, firmó un manifiesto opositor pidiendo el retorno al orden constitucional. Desde el gobierno se respondió con la expulsión de los firmantes a los que asociaba con un “izquierdismo extremo”. Ante la movilización estudiantil y el rechazo de algunos rectores —uno de ellos Alfredo Palacios, de la Universidad Nacional de La Plata— a aplicar las sanciones dispuestas, el gobierno decidió la intervención de todas las universidades y la disolución de los centros de estudiantes y federaciones universitarias, entre ellas la FUA a la que calificaba como “comunista y subversiva”.³² La oposición estudiantil, organizada a través de un “comité de coordinación” que mantenía el contacto entre los centros disueltos, se

³¹ *Universitario*, núm. 30-31 (junio-julio de 1943).

³² Juan Sebastián Califa, *Reforma y revolución: la radicalización política del movimiento estudiantil de la UBA, 1943-1966*, Buenos Aires, Eudeba, 2014, pp. 39-40.

acentuaría luego de que, el último día de 1943, el gobierno militar decretara la reimplantación de la educación religiosa en las escuelas públicas, el establecimiento de límites a la prensa y la disolución de los partidos políticos.

En ese contexto empezó a ganar visibilidad una de las figuras clave del grupo de coroneles que había impulsado el golpe de junio: Juan Domingo Perón, quien a partir de octubre de 1943 ocupaba la Secretaría de Trabajo y Previsión,³³ desde la que impulsaría una activa política social que lo acercaría al movimiento obrero organizado, disolviendo, lentamente, la profunda desconfianza de los dirigentes sindicales.

Pero al mismo tiempo que un polo del espacio político se organizaba en torno a Perón, que cada vez más aparecía como el hombre fuerte del gobierno,³⁴ el otro polo, que leía la situación política en clave antifascista, se creía reforzado por la dinámica de la Segunda Guerra, que mostraba un cercano triunfo de los Aliados. Los grandes eventos de la guerra, como la liberación de París en agosto de 1944, generarían importantes movilizaciones en las que se reclamaba por el final del estado de sitio, la convocatoria a elecciones, demandas a las que el movimiento estudiantil, que cumplió un gran papel en esos mitines, agregaba el reclamo de la normalización universitaria y la reincorporación de los docentes cesados.

Aunque los reclamos puramente universitarios comenzaron a satisfacerse a comienzos de 1945, el movimiento estudiantil continuó con movilizaciones, peticiones de elecciones libres y rechazo a la figura de Perón, a quien veían como el candidato continuista de la dictadura. Pero la movilización universitaria no se limitaba a los estudiantes, quienes en julio llevaron adelante unas “jornadas reformistas” que concluyeron en enfrentamientos con la policía, sino que incluía también a los rectores de universidades nacionales recientemente normalizadas, quienes se reunieron y emitieron una declaración en la que reclamaban garantías para el regreso al país de profesores exiliados y su reincorporación a las cátedras,

³³ La Secretaría de Trabajo y Previsión había sido recientemente creada y Perón fue el primero en tenerla a cargo. Reemplazaba al oscuro Departamento Nacional del Trabajo, que existía desde 1909 dedicado sobre todo a funciones estadísticas.

³⁴ Esa posición se consolidó a comienzos de 1944, luego de que un golpe interno desplazó al general Ramírez de la presidencia y lo reemplazó por el general Edelmiro J. Farrell. Muy cercano a Perón, Farrell designó a este coronel como ministro de Guerra y luego como vicepresidente, cargos que ocupó simultáneamente a la vez que retenía la Secretaría de Trabajo y Previsión.

a la vez que señalaban la necesidad de que las Fuerzas Armadas se mantuvieran apartadas del proceso electoral que se abría.³⁵ La FUA emitió un documento en el que planteaba la necesidad de una asamblea más amplia, que incluyera los diferentes claustros, pero respaldó los reclamos de los rectores.

En agosto la rendición de Japón motivó una importante movilización opositora que concluyó con la muerte de tres manifestantes, entre ellos el estudiante Eduardo Blastein. En repudio la FUA convocó a una huelga que paralizó a la UBA durante una semana. Desde el gobierno, Perón respondió con un discurso radiofónico en el que reivindicó las luchas de la Reforma Universitaria, aunque afirmó que éstas habían sido desvirtuadas por “los habilidosos manejos de ciertos grupos”. La exhortación final “abandonad el tumulto, volved a la provechosa utilidad de las horas de estudio, dejando que los interesados directos luchen y se agiten en sus pasiones políticas”, estuvo lejos de satisfacer al movimiento estudiantil. La FUA respondió con un documento que señalaba el cambio de la calificación de Perón, si antes tildaba a los estudiantes de “engominados” ahora de “instrumento de los políticos”. Retomando una de las frases del coronel, “mejor que prometer es realizar”, el documento de la FUA concluía: “Hoy sobran todas las promesas y urge una realización, que el país espera la entrega del gobierno a la Suprema Corte”.³⁶

El movimiento estudiantil se sumaba, en forma relevante, a la agitación opositora. Ésta tuvo su punto culminante en la Marcha de la Constitución, realizada el 19 de septiembre y en la que confluyó una heterogénea multitud de manifestantes que ganó las calles de Buenos Aires. Los opositores se sentían fuertes y presionaban por la rápida convocatoria a elecciones y el final del gobierno militar. Éste respondió con la reimplantación del estado de sitio, levantado sólo meses antes, y la detención de numerosos opositores, entre ellos los rectores de las universidades de Buenos Aires, Córdoba y Tucumán, así como numerosos decanos y profesores. En un contexto de agitación y rumores de asonadas militares, el conflicto se agudizó también en el plano universitario. A fines de septiembre las universidades adoptaron la medida de suspender las actividades docentes, el gobierno contraatacó y decretó, el 4 de octubre, la clausura de la Universidad. Pero ya antes de la firma

³⁵ Roberto Almaraz, Manuel Corchón y Rómulo Zemborain, *¡Aquí FUBA! Las luchas estudiantiles en tiempos de Perón*, Buenos Aires, Planeta, 2001, pp. 56-57.

³⁶ Citado en *ibid.*, p. 63.

del decreto, grupos estudiantiles habían comenzado a ocupar los edificios universitarios. Esto dio lugar a duros enfrentamientos con los seguidores de Perón, en los que fue asesinado Aarón Salmún Feijóo, estudiante de química que llevaba alimentos a los estudiantes acuartelados en la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA. Salmún Feijóo se convirtió en un símbolo de la militancia estudiantil y en su entierro hablaron representantes de la FUA, la FUBA, la Federación Universitaria de La Plata (FULP), la Juventud Radical y la Juventud Socialista.

En esos días los estudiantes eran expulsados de las universidades ocupadas por la policía y conducidos a prisión. El movimiento estudiantil respondió con un volante que afirmaba que las madres responsabilizarían a Perón por las posibles “muertes, persecuciones y vejámenes que sufran los jóvenes cuyo único delito es haber defendido la dignidad del pueblo”.³⁷

Súbitamente, el 9 de octubre la situación política cambió. Debido a la presión de sectores militares, Perón renunció a sus cargos. Ese mismo día los estudiantes detenidos en la cárcel de Villa Devoto fueron liberados. Ante los hechos la FUBA lanzó un volante en el que declaraba su posición democrática, exigía el levantamiento del estado de sitio y la libertad de los presos políticos, y afirmaba que la renuncia de Perón no cerraba la crisis sino que era necesaria “la rendición incondicional del gobierno de facto”, y que sólo se volvería “a la normalidad institucional con elecciones libres, sin estatuto de los partidos políticos y presididas por la Suprema Corte”.³⁸

Como es sabido, no sería ése el curso seguido por la historia. Luego del desplazamiento de Perón, empezó a hablarse de la eliminación de muchas de las medidas sociales por él impulsadas. En tal contexto distintos núcleos obreros comenzaron a movilizarse en apoyo del coronel desplazado. El 13 éste fue detenido y encarcelado en la isla Martín García. Sin embargo, el 15 algunos de los apoyos militares del coronel consiguieron su traslado al Hospital Militar. El 16 de octubre tuvo lugar una reunión confederal de la CGT, en la que luego de un largo debate, se aprobó una convocatoria a huelga general para el 18 de octubre. Al día siguiente, y como

³⁷ Volante sin firma, octubre de 1945, consultado en la “Colección de volantes antiperonistas” del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina (CEDINCI).

³⁸ Volante de la FUBA, 9 de octubre de 1945, consultado en la “Colección de volantes antiperonistas” del CEDINCI.

ya es conocido, nutridos contingentes obreros se dirigieron hacia Plaza de Mayo en reclamo de la liberación de Perón. Durante el día esos grupos permanecieron y se hicieron más numerosos, hasta que finalmente, hacia la medianoche, Perón se hizo presente, ya triunfador y se dirigió brevemente a la multitud. No lo hacía ya como secretario de Trabajo y Previsión sino como líder de esa multitud de la que se había convertido en conductor.

Pero el 17 de octubre no cerraba la partida, la batalla final se daría en el terreno electoral. Perón salió de esa fecha fortalecido y ungido como candidato de los núcleos obreros que pronto fundarían el Partido Laborista, también de la Junta Renovadora de la UCR y del Partido Independiente, formado por desprendimientos conservadores. Otra coalición se construiría retomando la denominación de las viejas intentonas frentepopulistas de los principios de los años cuarenta, se denominaría “Unión Democrática”. En sus filas figurarían la UCR, que impondría la fórmula presidencial, el PS, el PDP y el PC.³⁹

A fines de 1945 la FUA decidió, con la oposición de la Federación Universitaria del Litoral (FUL) y de parte de la Federación Universitaria de Córdoba (FUC), unirse a la Unión Democrática.⁴⁰ Su presidente, Germán López, integró la comitiva del “Tren de la Victoria” en su gira de campaña por el país. La FUA colocó también un representante en la Junta Coordinadora Nacional de la Juventud, integrada por el sector juvenil de los partidos políticos.⁴¹ Al mismo tiempo, y dentro de las universidades, las federaciones estudiantiles convocaron a huelgas en los turnos de exámenes de noviembre y diciembre. En la UBA la medida fue decidida en plebiscitos que tuvieron resultados abrumadores.⁴² En un volante, el Comité Central de Coordinación de la FUBA argumentaba que a partir de estos plebiscitos la huelga ya no podía cuestionarse porque “el estudiante de Buenos Aires, reformista y democrático, enfrenta a la dictadura

³⁹ A pesar de los planteamientos comunistas, radicales y socialistas no aceptaron incorporar a las fuerzas conservadoras reunidas en el Partido Demócrata Nacional. Sobre la Unión Democrática véase Nicolás Azzolini, *La antesala de la fiesta: el antiperonismo en las elecciones presidenciales de 1946*, Buenos Aires, IDAES-UNSAM, 2010, tesis de maestría.

⁴⁰ Califa, *Reforma y revolución* [n. 32], p. 50.

⁴¹ Almaraz, Corchón y Zemborain, *¡Aquí FUBA!* [n. 35], pp. 78-79.

⁴² La continuación de la huelga fue aprobada por 7 382 votos contra 1 193. Aún más rotunda, aunque previsible, fue la votación “contra la dictadura”: 8 685 votos contra 195, consultado en la “Colección de volantes antiperonistas” del CEDINCI.

y a la amenaza del continuismo. Hacer la huelga es afirmar este hecho, romperla es negarlo”.⁴³

La movilización de 1945 alcanzó tal intensidad que el movimiento estudiantil levantó el mito de la Generación del 45,⁴⁴ al que apeló para criticar el apoliticismo de muchos “pretendidos reformistas” y convocar una mayor vinculación entre movimiento estudiantil y fuerzas políticas. En febrero de 1946, días antes de las elecciones que darían el triunfo a Perón, un artículo publicado en *El Iniciador* —periódico de la dirección de Cultura del ps dirigido por José Luis Romero— lamentaba que el movimiento de la Reforma de 1918 no hubiera logrado su objetivo de sacar a los universitarios de su enclaustramiento y hacerles comprender que “la Reforma era sólo un capítulo de la transformación social que el país aguarda”.⁴⁵ El reformismo argentino, se lamentaba, no había seguido el camino del chileno y el peruano, y el apoliticismo había dejado el campo social y político librado a la acción de los agentes del fascismo. Para dar la batalla contra los enemigos de la libertad, se subrayaba, era necesario “aunar voluntades y multiplicarlas, fortalecer la acción política, coordinarla dentro de los partidos de la izquierda”.⁴⁶ El articulista se preguntaba si la Generación del 45 habría aprendido de la experiencia de la del 18 para no repetir los errores y encauzarse dentro de los partidos democráticos para ser levadura de viejos cuadros.

En el número siguiente de *El Iniciador*, publicado en abril de 1946, cuando ya había certeza del triunfo peronista, Eduardo Schaposchnik, vicepresidente de la FUA, volvía a mentar a la Generación del 45 y la presentaba como la que completaba la tarea de la de 1918. Lo hacía desterrando “el apoliticismo”, lo que se explicaba por la gravedad de una hora en la que lo que estaba en juego no era solamente el destino de la Universidad sino el de todo el país.⁴⁷

⁴³ Volante del Comité de Coordinación de la FUBA, “Colección de volantes antiperonistas” del cedinci.

⁴⁴ Aunque lamentando su signo antipopular, Portantiero reconoce a 1945 como el único momento de movilización estudiantil a la altura de la de 1918, véase *Estudiantes y política* [n. 1], p. 148.

⁴⁵ *El Iniciador* (ps), núm. 1, febrero de 1946.

⁴⁶ *Ibid.*

⁴⁷ *El Iniciador* (ps), núm. 2, abril de 1946; en la página siguiente el periódico publicaba un breve fragmento del epílogo que en 1930 Deodoro Roca había escrito a *El último caudillo* de Carlos Sánchez Viamonte; en él el cordobés había pronosticado que se acercaba la hora en que la juventud, que se había mantenido alejada de los partidos, entrara “a la acción en ese campo”.

Desde la FUBA, en cambio, se afirmaba que el de Generación del 45 constituía un “halago prematuro” ya que, argumentaba, al defender la libertad los estudiantes sólo habían cumplido con parte de su deber, les faltaba como generación aportar constructivamente a la consolidación de la democracia.⁴⁸ El movimiento universitario, se señalaba en tono autocrítico, había incurrido en el mismo error que el conjunto del “movimiento democrático”: “encarar la restauración institucional como un planteo primordialmente jurídico, mientras el pueblo tenía la sensación de que estaba en juego una cuestión social y económica”.⁴⁹ La FUBA lamentaba que “grandes masas populares, guiadas por un primitivo sentido de clase”, hubieran dado su apoyo a Perón a la vez que tenía la esperanza en que “el descontado incumplimiento de su programa social” llevaría al divorcio de estos sectores populares que lo apoyaban. El documento afirmaba que los estudiantes universitarios, “intérpretes de los principios que dan permanencia a la Reforma”, sabían que no había perspectiva de progreso sin alcanzar la “liberación económica” y “sin la participación activa y consciente, en el gobierno, de la clase trabajadora”.⁵⁰ Declaraba que el movimiento estudiantil seguiría luchando en defensa de la autonomía universitaria y los principios de la Reforma, y probando que sus afirmaciones de solidaridad obrero-estudiantil no eran “una mera posición demagógica y electoralista, ni tampoco una ‘generosa preocupación por los humildes’”. Y concluía afirmando que la estructuración de la FUBA debía ser la consecuencia del “período de reactivación” que vivía el movimiento estudiantil.⁵¹

El reformismo frente al gobierno peronista

Contra las expectativas expresadas en el citado análisis de la FUBA, ese periodo de “reactivación” fue corto y a partir de 1946 el movimiento estudiantil entró en una etapa de debilidad. Aunque seguía siendo muy mayoritariamente antiperonista, buscó movilizarse en contra de la nueva intervención a la UBA decretada por el general Edelmiro J. Farrell —quien poco antes de dejar el gobierno colocó a Oscar Ivanissevich al frente de la casa de estudios. No obstante,

⁴⁸ Junta Representativa de la FUBA, “Análisis y posición de la Federación Universitaria de Buenos Aires frente a la actual situación política”, Buenos Aires, FUBA, 18 de marzo de 1946, p. 11.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 6.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 8.

⁵¹ *Ibid.*, p. 11.

las iniciativas de resistencia del movimiento encontraron poco eco. Tampoco tuvo éxito la huelga que a fines de 1946 reclamó la reincorporación de cientos de profesores despedidos ni, al año siguiente, la campaña de agitación en oposición a la Ley 13 031 que, en consonancia con el explícito rechazo del peronismo a la experiencia reformista, eliminaba la autonomía universitaria y anulaba la participación del movimiento estudiantil.⁵²

La situación iría cambiando a partir de iniciativas oficiales que avanzaban en formas de control más estrictas sobre el mundo universitario: la obligación de obtener un Certificado de Buena Conducta expedido por la Policía Federal para inscribirse a los cursos, el intento de reemplazar a la FUA y otras entidades estudiantiles por una organización adicta, la Confederación General Universitaria (CGU), la instauración de cursos obligatorios de Formación Política basados en la doctrina peronista. Mientras luchaban contra una política que juzgaban “totalitaria”, y en la que incluían también la prédica “rosista” de los docentes revisionistas,⁵³ los centros de estudiantes de la UBA comenzaron a cuestionar a la dirección de la FUBA, a la que identificaban con el PC. Con el fin de desplazarlos, diferentes núcleos estudiantiles se reunieron para crear la Liga Reformista, en cuyas filas militaban radicales, socialistas, anarquistas e independientes. La Liga pronto conquistó la mayoría de los centros e impuso a Jorge Roulet como presidente de la FUBA. Roulet pertenecía al Centro de Estudiantes de Ingeniería que había estado fuera de la Federación y que, desde su ingreso en 1949, iría alcanzando una situación de predominio. El nuevo núcleo dirigente de la FUBA acentuó el enfrentamiento con el gobierno, lo que se puso en evidencia en el apoyo a huelgas como la que los ferroviarios llevaron adelante en 1951. Como consecuencia de dicho apoyo muchos dirigentes estudiantiles, entre ellos prácticamente toda la Comisión Directiva del Centro de Estudiantes de Derecho de la UBA, fueron detenidos.

Sin embargo, y paradójicamente dado el enfrentamiento que la conducción de la FUBA mantenía con el PC, uno de los momentos

⁵² La representación de los estudiantes quedaba reducida a un solo delegado que tenía voz pero no voto y que no surgía de una elección sino de un sorteo entre los diez mejores promedios del último año de las carreras. Junto a estas restricciones la ley planteaba la necesidad de una ampliación del acceso universitario a nuevos sectores, para ello proponía una política de becas que no fue continuada pero sí reemplazada posteriormente por la sanción de la gratuidad universitaria, véase Pablo Buchbinder, *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, pp. 152-153

⁵³ Almaraz, Corchón y Zemborain, *¡Aquí FUBA!* [n. 35], pp. 108-109.

de mayor movilización estudiantil durante los años peronistas fue motivado por la detención de Ernesto Mario Bravo, estudiante de Química de la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA y militante de la Federación Juvenil Comunista. El 17 de mayo de 1951 una comisión policial detuvo en su domicilio a Bravo. Pasaron varios días y el estudiante no aparecía. Ante los reclamos de familiares y compañeros de militancia la policía desmintió el procedimiento. A comienzos de junio una asamblea del Centro de Estudiantes de Química decidió iniciar una huelga para pedir la libertad de Bravo. Presidida por David Viñas, el día 9 la FUBA convocó a una huelga a la que se sumó la FUA y la medida se llevó adelante en todas las universidades. Sorpresivamente, cuando el conflicto se agudizaba, Bravo “apareció”. El 13 de junio la policía declaró que el estudiante había sido detenido ese mismo día luego de abrir fuego contra unos agentes. Desde el gobierno y los medios oficiales dieron crédito a la versión y cuestionaron la maniobra del movimiento estudiantil y la oposición. Sin embargo el “caso” dio un vuelco el día 18 cuando Alberto Julián Caride presentó un escrito ante el juez de instrucción en el que declaraba que sus servicios médicos habían sido solicitados para atender, en una casa en Paso del Rey, a un joven que había sido torturado y que por “irseles la mano” estaba en estado de coma. El testimonio de Caride aportaba pruebas para desmentir la versión oficial y fue publicado por la FUBA en un volante a cuatro columnas que se abría con breve copete que señalaba que la Federación cumplía con el honroso deber “de hacer conocer a la opinión pública la presentación judicial realizada por el ‘caso Bravo’ por un dignísimo profesional argentino”. Antes de pasar al texto, la entidad estudiantil incluía a Caride como uno de los suyos y declaraba: “hombres de esa conducta profesional y ciudadana constituyen nuestra vieja organización gremial y no habrá grupo reaccionario en el país, aunque controle todo el aparato represivo del Estado, que nos impida luchar por la Libertad, por la más auténtica justicia social, por la autonomía universitaria, contra la corrupción.”⁵⁴

Sorpresivamente, a un año del “caso Bravo” y como parte del giro properonista que el PC emprendió en 1952 bajo el patrocinio de su secretario general Juan José Real, los estudiantes comunistas abandonaron la FUBA y se sumaron a la CGU. Sin embargo no fueron

⁵⁴ “La Verdad sobre el caso Bravo”, volante de la FUBA, “Colección de volantes antiperonistas” del CEDINCI; sobre el “caso Bravo”, véase Isidoro Gilbert, *La FEDE: alistándose para la revolución (1921-2005)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, pp. 315-321.

aceptados y, cuando poco tiempo después volvieron a la FUA, su regreso fue resistido y ocuparon un lugar secundario en un movimiento estudiantil que bajo el nuevo liderazgo reformista asumía una posición más frontal de oposición al peronismo.

La combatividad de esta conducción se puso a prueba a fines de 1954. En el mes de septiembre el Centro de Estudiantes de Ingeniería-La Línea Recta (CEI-LR), de reciente fundación, en reemplazo del viejo Centro clausurado por el gobierno en 1952, pidió permiso para realizar un acto. El permiso le fue denegado por la policía pero, a diferencia de lo que había ocurrido con anteriores negativas, esta vez el CEI-LR lo realizó igualmente el 5 de octubre. El acto fue interrumpido por la policía y algunos estudiantes fueron detenidos. Otros marcharon por el centro de la ciudad entonando consignas contrarias al gobierno, lo que suscitó nuevas detenciones.⁵⁵

La respuesta peronista fue denunciar, a través de un afiche pegado en el centro de Buenos Aires, que “abusando de las libertades que las autoridades otorgaron a centros universitarios de reciente creación” un grupo de estudiantes había intentado interrumpir el normal curso de los estudios con un conato de huelga. El documento explicaba tal intento por tratarse de jóvenes que “pretenden hacer perder un año a sus compañeros para justificar el que ellos han perdido irremisiblemente por falta de dedicación, inteligencia y constancia en el estudio”, a lo que agrega un motivo pecuniario: 60 000 pesos que habrían recibido para la “campaña perturbadora”. Luego de hacer públicos los nombres de los “estudiantes crónicos” que habían tomado lugar en la campaña —en una larga lista que encabezaban Emilio Gibaja, presidente de la FUBA, y Valentín Salmún Feijóo, hermano de Aarón, asesinado en 1945—, el afiche se cerraba preguntando cuántos años hacía que estudiaban y de qué vivían esos estudiantes que medraban con el dinero de “imbéciles y retrógrados que pretenden volver a la encastillada y privilegiada universidad de otrora”.⁵⁶

Pero el oficialismo no sólo respondió con afiches. El 7 de octubre la policía allanó domicilios y encarceló a unos treinta estudiantes, entre ellos a parte de la dirección de la FUBA, y los puso a disposición del Poder Ejecutivo nacional. El resto de la dirección de

⁵⁵ *La Vanguardia* (edición en el exilio, Montevideo), núm. 75, 13-x-1954.

⁵⁶ Afiche reproducido en la compilación hecha por la Fundación 5 de octubre de 1954, *La reforma universitaria: su legado*, Buenos Aires, Librería histórica Emilio J. Perrot, 2008, pp. 200-201.

la FUBA pasó a la clandestinidad y Gibaja, su presidente, se exilió en Uruguay. A partir de este hecho el CEI-LR convocó a una huelga estudiantil a la que se sumaron los centros de Química, Arquitectura y Derecho, días después se agregaban Medicina y Filosofía y Letras. A comienzos de noviembre los detenidos superaban el centenar, entre ellos se hallaban no sólo reformistas sino “humanistas” como Guillermo O’Donnell.⁵⁷ Los centros de estudiantes fueron disueltos y la policía incautó su correspondencia. El movimiento estudiantil continuó con la huelga, realizó actos relámpago en distintos puntos de la ciudad y emitió clandestinamente volantes en los que pedía la libertad de más de doscientos estudiantes presos.

Hacia fin de año las detenciones continuaban. Ello llevó a que referentes históricos del reformismo universitario latinoamericano emitieran una declaración en la que protestaban por el encarcelamiento de los estudiantes argentinos. El documento señalaba que los estudiantes llevaban detenidos más de dos meses sin saber qué cargos se les imputaban y agregaba que su libertad dependía sólo del Poder Ejecutivo por haber sido encarcelados en virtud de la figura del “Estado de guerra interno”.⁵⁸ Las firmas mostraban la amplitud de la red reformista: Víctor Raúl Haya de la Torre, Daniel Cosío Villegas, Germán Arciniegas, Joaquín García Monje, Félix Lisazo, Alejandro Orfila Reynal y Carlos Rama, entre otros.⁵⁹ En enero de 1955 el diputado radical Santiago Nudelman, también estrechamente ligado al movimiento reformista, presentó al Parlamento e hizo pública una nota en la que solicitaba al Poder Ejecutivo poner fin a la detención de más de cuatrocientos estudiantes.⁶⁰

El conflicto continuó a lo largo de 1955. Aunque en marzo fueron liberados los detenidos del año anterior, el nuevo año lectivo se abrió con más detenciones por la aplicación de la Ley de

⁵⁷ El humanismo constituía una corriente formada por estudiantes que rechazaban el anticlericalismo de los reformistas; aunque católicos, no conformaban una agrupación confesional e incluso cuestionaban el vínculo de la Iglesia con el peronismo; en la oposición a este movimiento reformistas y humanistas encontrarían, al menos hasta 1955, importantes puntos de contacto; véase José Zanca, *Los humanistas universitarios: historia y memoria (1950-1966)*, Buenos Aires, Eudeba, 2018.

⁵⁸ Se trataba de una figura no prevista en la constitución y de contornos jurídicos poco definidos, que fue implantada luego del intento de golpe de Estado encabezado por el general Benjamín Menéndez en septiembre de 1951 y mantenida en vigencia hasta el golpe de septiembre de 1955. Fundándose en ella el Poder Ejecutivo podía encarcelar sin ninguna formalidad legal, sin presentar cargos y por tiempo indeterminado a cualquier ciudadano, véase Félix Luna, *Perón y su tiempo*, II. *La comunidad organizada*, Buenos Aires, Sudamericana, 1985, p. 198.

⁵⁹ *La Vanguardia* (edición en el exilio, Montevideo), núm. 83, 5-1-1955.

⁶⁰ *La Vanguardia* (edición en el exilio, Montevideo), núm. 84, 12-1-1955.

Residencia a quince estudiantes peruanos y con la suspensión de centenares de estudiantes, lo que condujo a nuevas huelgas.⁶¹ En esa situación el movimiento estudiantil confluyó con otros sectores opositores, incluso con los católicos, antiguos enemigos pero que ahora eran vistos como aliados en tanto también habían pasado a ser víctimas del “Estado totalitario”. Fue así que el movimiento estudiantil participó del acto de Corpus Christi que en junio de 1955 mostró, por primera vez en años, que la oposición podía disputar la calle al peronismo. Hacia mediados de año la mayor parte de los reformistas sólo veían como salida un golpe de Estado que desplazara a Perón.⁶²

3. Epílogo: la disolución del bloque reformista después de 1955

A días del golpe la Mesa Directiva de la FUA hizo pública una declaración en la que saludaba “la caída de un régimen opresor y falaz que intentó conculcar todo vestigio de democracia, sumiendo al país en un caos que corrompió la enseñanza primaria y secundaria y destruyó la Universidad”; a continuación el movimiento estudiantil planteaba una serie de demandas: “plena vigencia de asociación, reunión y libertad de expresión; derogación de la legislación represiva [...] disolución de los organismos policiales creados para la persecución e intimidación de los adversarios al régimen [...] libertad sindical y reconocimiento del derecho de huelga [...] reapertura de los centros estudiantiles, gremiales y culturales”.⁶³

A las demandas planteadas por escrito por la conducción de la FUA se agregaban las que entonó, en la Plaza de Mayo y en ocasión de la asunción del general Eduardo Lonardi el 23 de septiembre, una columna estudiantil identificada por la FUBA: “¡YPF sí, California no!; Obreros y estudiantes, unidos adelante; La Sección Especial es vergüenza nacional; ¡Queremos la Reforma!; Profesores sí, acomodados no; Ideas sí, hombres no; Rosas no, Sarmiento sí”. La

⁶¹ *La Vanguardia* (edición en el exilio, Montevideo), núm. 105, 8-vi-1955.

⁶² En un diálogo con Mario Toer, Emilio Gibaja y Miguel Murmis señalan que el movimiento estudiantil reformista se hallaba dividido entre “golpistas” y “antigolpistas”; Miguel Murmis, que se hallaba entre los últimos, reconoce que los “golpistas” eran mayoría e incluso afirma que “cuando empezó el golpe todo el mundo estaba de acuerdo”, “Los estudiantes y el movimiento estudiantil durante el gobierno del general Juan Domingo Perón (1946-1955) y el gobierno militar (1955-1958)”, en Mario Toer, coord., *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín I*, Buenos Aires, CEAL, 1988, p. 27.

⁶³ Declaración de la Mesa Directiva de la FUBA, reproducida en Almaraz, Corchón y Zemborain, *¡Aquí FUBA!* [n. 35], p. 181.

Revista del Mar Dulce, que comenzó a publicarse en esos días y que progresivamente iría identificándose con un “reformismo de izquierda” cercano al PC, advertía que aunque muchos de estos reclamos coincidían con las palabras que había expresado Lonardi sólo la lucha podría impedir que quienes se oponían a esas demandas se impusieran.⁶⁴

La lucha ya se había iniciado. Bajo la consigna “Nosotros somos la Universidad”, el 21 de septiembre la conducción de la FUBA había decidido tomar los edificios universitarios y erigir los centros de estudiantes en gobiernos provisorios de las diferentes facultades. Días después la federación estudiantil lograría imponer la elección como rector de José Luis Romero, prestigioso historiador de larga prosapia reformista y uno de los expulsados de la Universidad peronista.⁶⁵

Muy pronto, sin embargo, el movimiento estudiantil comenzó a tomar distancia del gobierno de la Revolución Libertadora. A la designación en el Ministerio de Educación de una notoria figura del catolicismo y enemigo de la Reforma como Atilio Dell’Oro Maini se sumó la propuesta de una nueva Ley Universitaria que, aunque reconocía la autonomía universitaria y preveía la participación estudiantil en el cogobierno de las universidades, no lo hacía en la forma paritaria que reclamaban los reformistas y, lo que era mucho más problemático, abría la puerta a la creación de universidades privadas. La medida produjo una división en el movimiento estudiantil que había permanecido unificado ante el peronismo: mientras los reformistas se opusieron a ella en defensa del laicismo y del monopolio estatal del otorgamiento de títulos, los humanistas la avalaron. El combate entre la Universidad “laica” y la “libre” se iniciaba. Los reformistas, mayoritarios, tomaron las universidades y también muchos colegios secundarios, lo que era novedoso. Los sectores católicos respondieron con desalojos violentos y otras tomas. Ante un conflicto que se agudizaba, a mediados de mayo el gobierno optó por dejar la decisión sobre el tema a un posterior gobierno constitucional y pedir la renuncia de Dell’Oro Maini y Romero. En reemplazo de este último fue nombrado Alejandro Ceballos, un académico conservador de perfil profesionalista.⁶⁶

⁶⁴ *Revista del Mar Dulce* (Buenos Aires), núm. 1 (octubre de 1955), p. 2.

⁶⁵ Los concursos realizados en los meses siguientes incorporaban una cláusula que vedaba la admisión de quienes profesaban “ideas totalitarias” y conducirían al regreso de los profesores cesados por el peronismo, a la vez que la exclusión de profesores identificados con éste, Califa, *Reforma y revolución* [n. 32], pp. 78-81.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 100.

El movimiento estudiantil salía de este conflicto debilitado y dividido. A la separación entre reformistas y humanistas se sumaba la división del propio reformismo tensionado, por un lado, entre un “reformismo puro” o “auténtico” que más allá de su crítica seguía levantando las banderas de 1955 y colocaba en el centro de su lucha el combate al totalitarismo, figura bajo la que incluían al peronismo y al comunismo; y por otro lado, un “reformismo de izquierda” que al cuestionar fuertemente al gobierno —tanto por la problemática universitaria, como por su política económica y sus prácticas represivas— y centrarse en la cuestión social y la lucha antimperialista, empezaba a revisar su alineamiento de 1955. En el movimiento estudiantil reformista se producía, a fin de cuentas, la misma disgregación del espacio antiperonista que en esos años se verificaba en el mundo intelectual y en partidos políticos como la UCR, el PS y el PDN, que se dividían entre una rama “gorila” y otra que buscaba diálogos con el peronismo.⁶⁷

A fines de los cincuenta la separación entre el espacio universitario y los partidos políticos aparecía menos clara que antes. Ello se puso de manifiesto cuando la mayoría de los núcleos del “reformismo de izquierda”, incluyendo a los ligados al PC, coincidieron en el apoyo a la candidatura de Arturo Frondizi que prometía establecer puentes entre las clases medias universitarias y el peronismo. La apuesta fue frustrada, como se sabe. El apoyo que Frondizi daría a la creación de universidades privadas reactivaría el conflicto entre la “laica” y la “libre” y la crítica a su gobierno en nombre del legado reformista. Particularmente duras serían las palabras de la “Carta abierta al ingeniero Gabriel del Mazo, firmante del Manifiesto de la Reforma Universitaria y primer presidente de la FUA”, quien en aquellos momentos era ministro de Defensa de Frondizi. Los universitarios de todo el país, que en esos días se movilizaban en actos multitudinarios, se dirigían al “viejo maestro y reciente ministro” y le preguntaban si tenían un maestro menos. A la pregunta seguía el planteo de dos opciones tajantes:

si tenemos que darlo de baja, lo haremos con profundo dolor porque será un trozo humano de la Reforma que queda en el camino, pero si seguimos contando con un maestro, ocho universidades nacionales lo rodearán con una

⁶⁷ Sobre la división en el mundo intelectual véase Carlos Altamirano, “¿Qué hacer con las masas?”, en Beatriz Sarlo, *La batalla de las ideas (1943-1955)*, Buenos Aires, Ariel, 2001 (*Biblioteca del Pensamiento Argentino*, VII), pp. 19-42; sobre las escisiones en las fuerzas políticas véase María Estela Spinelli, *Los vencedores vencidos: el antiperonismo y la “revolución libertadora”*, Buenos Aires, Biblos, 2005.

fuerza juvenil que supera en mucho a la de 1918. Si así no fuese, le rogamos que devuelva el Manifiesto. Miles de manos de todo el país tomarán la bandera que Usted deja caer. Maestro, cuarenta generaciones lo escuchan.⁶⁸

La carta llevaba la firma de la Convención Nacional de Centros de la FUA, pero abajo se aclaraba que había sido escrita por Guillermo Estévez Boero, representante de la FUL; este rosarino, que había coordinado la Comisión de Acción en pos de la derogación del artículo 28 de la ley universitaria,⁶⁹ sería electo presidente de la FUA en el Cuarto Congreso Universitario, reunido en Córdoba en octubre de 1959. Su elección fue sostenida en una coalición de reformistas de izquierda en la que se unían socialistas, comunistas, independientes y desencantados del frondizismo, que se habían impuesto a “reformistas puros” y humanistas. Poco después Estévez Boero daba una entrevista a la *Revista del Mar Dulce*, en ella rechazaba que existieran “líneas divisorias reales que separan al pueblo argentino en base a problemas del pasado revividos siempre por quienes tratan de impedir la unión de los sectores populares”. A la negación implícita del eje peronismo-antiperonismo, el dirigente reformista añadía que la única división en el país era la de “la gran mayoría nacional de la minoría oligárquica y pro imperialista, cuyos intereses se ven representados en el gobierno”.⁷⁰

Como vemos, y en contra de lo que señala cierto sentido común, el giro del movimiento estudiantil hacia posiciones antiimperialistas y hacia una relectura del peronismo no implicó en todos los casos un abandono del legado reformista. Los años sesenta producirían el surgimiento de grupos, como el Frente Estudiantil Nacional (FEN), en los que el borramiento de su origen reformista y el acercamiento al peronismo concluiría en su disolución en las filas de este movimiento;⁷¹ pero también surgirían experiencias de renovación del reformismo que ocuparían lugares de importancia en el movimiento estudiantil. Sería en esos años que el PC, que reivindicaba parcialmente ese legado, alcanzaría por un tiempo la dirección del movimiento estudiantil. También en esos años

⁶⁸ “Carta abierta al ingeniero Gabriel del Mazo, firmante del Manifiesto de la Reforma Universitaria y primer presidente de la FUA”, *La Prensa* (Buenos Aires), 11-IX-1958.

⁶⁹ Carlos Ceballos, *Los estudiantes universitarios y la política (1955-1970)*, Buenos Aires, CEAL, 1985, p. 22.

⁷⁰ “4º Congreso Universitario, opina el presidente de la FUA”, *Revista del Mar Dulce* (Buenos Aires), núm. 10 (verano de 1959-1960), p. 4.

⁷¹ Juan Sebastián Califa, “El frente estudiantil nacional: izquierda, reformismo y peronismo en debate, 1966-1973”, *Folia Histórica del Nordeste* (Argentina, Universidad Nacional del Nordeste), núm. 29 (2017), pp. 61-80.

se fundarían Franja Morada, agrupación que lentamente dejó de remitir a un marco transpartidario para asociarse orgánicamente a la UCR, y el Movimiento Nacional Reformista (MNR), fuerza que no sólo conduciría repetidas veces la FUA sino que constituiría el embrión de la refundación de un PS reunificado.⁷²

Reflexiones finales

COMO vimos, la vinculación entre reformismo, antifascismo y antiperonismo no empezó en 1945; por el contrario, la incorporación del movimiento estudiantil al espacio antiperonista se relacionaba estrechamente con el modo en que se habían ido anudando reformismo y antifascismo desde los años treinta. No obstante, debe subrayarse, tampoco terminó en 1955, sino que tuvo consecuencias que llegan hasta la actualidad: por un lado, en el peso que en las universidades sigue teniendo una corriente reformista y no peronista como Franja Morada; por otro, en el vínculo entre las dirigencias de la UCR y el PS, quienes comparten no sólo el reclutamiento universitario sino la adhesión a la tradición reformista. En otra ocasión hemos afirmado que esa referencia común reformista que, como vimos, puede rastrearse hasta los treinta y que se vio reforzada por la oposición al peronismo, sumada a las experiencias compartidas en el mundo de la militancia universitaria, favorecen una tradición de negociación y consensos entre radicalismo y socialismo.⁷³ Por otro lado, la tradición antirreformista del peronismo, sumada a la menor importancia que tuvo en sus filas la militancia universitaria, puede ser vista como un obstáculo para el acercamiento entre estas fuerzas y el peronismo. Debe señalarse que una de las novedades que trajo el kirchnerismo a la tradición peronista fue la importancia del reclutamiento universitario entre sus cuadros dirigentes. Ese cambio, como señalamos al comienzo, fue acompañado por intelectuales que proponen lecturas que reconcilien reformismo y peronismo.

⁷² El MNR constituye el filón principal que da origen al PSP y, a través de él, al actual PS, cuya dirigencia proviene de esta agrupación estudiantil, realizando así, finalmente, el sueño de un partido “aprista” en Argentina. Sobre el MNR y su participación en la fundación del PSP véase Fernando Suárez, *El Partido Socialista Popular: orígenes, organización y tradiciones políticas (1972-1982)*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2018, tesis de maestría en Ciencias Sociales.

⁷³ Ricardo Martínez Mazzola, “Ni populistas ni conservadores: dilemas y desafíos del socialismo democrático argentino”, *Nueva Sociedad* (Fundación Friedrich Ebert), núm. 261 (enero-febrero de 2016), pp. 168-177.

Sin embargo debe señalarse el carácter unilateral de esfuerzos que, siguiendo los argumentos del capítulo desechado por Portantiero, lamentan el desencuentro entre estudiantes y clase obrera que se da a partir de su oposición al peronismo, a la vez que asignan responsabilidad única a un movimiento estudiantil que —cegado por los conflictos ideológicos que se hallaban en la superficie, mismos que permitían asociar a Perón con el nacionalismo católico autoritario filofascista— no vio la “verdadera naturaleza” del peronismo.

Sin plantear referencias a la dura represión que el movimiento estudiantil experimentaba bajo el régimen militar, Rinesi explica el enfrentamiento por el predominio de una concepción “liberal” del reformismo que hizo que los estudiantes se alejaran del movimiento nacional popular y de los trabajadores. Aunque Puiggrós reconoce “el avasallamiento producido por las políticas antidemocráticas y antirreformistas provenientes del gobierno”,⁷⁴ explica el enfrentamiento por un reformismo que, al no ver su vinculación con los espacios nacional populares, no comprendía la propia “naturaleza de su movimiento”. Rinesi retoma la lectura de Tortti y Celentano, quienes asocian la intervención de Portantiero en este capítulo con sus interpretaciones acerca de los orígenes del peronismo y, más en general, con la autocrítica que la “nueva izquierda” de fines de los sesenta hacía respecto del distanciamiento del movimiento popular.⁷⁵ Aunque reconoce que esas ilusiones acerca de un vínculo entre izquierda y peronismo duraron poco, el señalamiento del “desencuentro” —de nuevo esa palabra—, entre Perón y las juventudes de su movimiento, no lleva a Rinesi a las reevaluaciones que cabría esperar. Quizás el incorporar en el análisis al peronismo del último Perón y de Isabel Perón, represivo en el país pero también en la Universidad, debería haber llevado a reevaluar los motivos de la oposición estudiantil a un peronismo que, en sus primeros gobiernos, había colocado el ámbito universitario en manos semejantes a las de quienes las dirigieron entre 1974 y 1976.⁷⁶

⁷⁴ Puiggrós, “Prólogo” [n. 1], p. 14; ese señalamiento retomaba parcialmente la lectura mucho más crítica de la totalidad de la experiencia universitaria del peronismo, véase Adriana Puiggrós, “La universidad argentina de 1973-1974” (primera parte), *Controversia* (México), núm. 1 (octubre de 1979), pp. 11-12.

⁷⁵ Adrián Celentano y María Cristina Tortti, “Estudiantes, izquierda y peronismo en la Argentina: una visión desde la nueva izquierda”, en María Cristina Tortti, Mauricio Chama y Adrián Celentano, *La “nueva izquierda” argentina (1955-1976): socialismo, peronismo y revolución*, Rosario, Prehistoria, 2014.

⁷⁶ Empezando por el propio Oscar Ivanissevich, quien en 1946 había sido designado rector de la UBA por Edelmiro J. Farrell, en 1949 ministro de Educación por Perón y en el gobierno de Isabel Perón ocupó de nuevo el Ministerio de Educación.

Sólo dos años después de esa experiencia y ya en el exilio, Portantiero no podía mantener su anterior valoración de las potencialidades revolucionarias del peronismo. El abandono de la apuesta por el vínculo entre populismo y socialismo es, como señala Rinesi, uno de los motivos que explican la decisión del sociólogo exiliado de no incluir el capítulo en la versión castellana del libro.⁷⁷ Pero a dicho motivo se agrega otra razón señalada por Celentano y Tortti: el alejamiento de un marco de lecturas que asignaba una prioridad absoluta a la dimensión de las fuerzas económico-sociales a la vez que desvalorizaba, al plantearla como superficial, la dimensión ideológica.⁷⁸ Como hemos intentado demostrar a lo largo del artículo, el vínculo entre reformismo, antifascismo y antiperonismo era profundo y sólo lecturas de un craso economicismo podían dejarlo de lado en nombre de una verdad de posiciones de clase en abstracto. El desencuentro entre estudiantes y clase obrera no podía ser echado sólo a la cuenta de un movimiento estudiantil reformista sino que también había que dar su parte a las prácticas y concepciones autoritarias del peronismo. La búsqueda de una síntesis no podía, ni puede, pasar simplemente por la subsunción de una parte, el movimiento estudiantil con su tradición reformista, en la identidad de la otra, la clase obrera con su tradición peronista.

⁷⁷ Rinesi, "Prólogo" [n. 1], p. 22.

⁷⁸ Celentano y Tortti, "Estudiantes, izquierda y peronismo en la Argentina" [n. 75], pp. 229-230.

RESUMEN

El vínculo de los reformistas con el antifascismo y el antiperonismo ha sido un tema poco estudiado dentro de la vieja cuestión de la relación entre reformismo universitario y fuerzas políticas. El recorrido se abre en 1930, reconstruye las iniciativas unitarias que los reformistas plantearon al interior de los partidos a los que habían ingresado luego del golpe de ese año y analiza sus exhortaciones a vincular reformismo y antifascismo. Da cuenta de la oposición del movimiento estudiantil frente al gobierno militar implantado en 1943 para luego presentar el camino que, de la desmovilización inicial a la lucha callejera final, sigue en los años peronistas. Finalmente, el artículo se cierra en un diálogo crítico, tanto con el libro clásico de Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina: el proceso de la Reforma Universitaria (1918-1938)*, como con algunas lecturas que hoy en día abordan la relación entre movimiento estudiantil y peronismo.

Palabras clave: Argentina siglo xx, liberalismo, radicalismo, socialismo, peronismo.

ABSTRACT

The link of the reformists with Anti-Fascism and Anti-Peronism within the larger question of the relation between University Reformism and political forces has received little attention. The article goes back to the 1930's with the retrieval of several joint initiatives raised by the reformists to the parties they joined after that year's coup, and then analyzes the pleas to link Reformism and Anti-Fascism together. Next, it offers an account of the student movement's opposition to the military government established in 1943, to later portray it during the Peronist years: from an initial demobilization to a subsequent series of street struggles. Finally, it offers a critical dialogue with both Juan Carlos Portantiero's classic *Estudiantes y política en América Latina: el proceso de la Reforma Universitaria (1918-1938)*, and some other texts that currently address the bond between Peronism and the student movement.

Key words: Argentina 20th century, Liberalism, Radicalism, Socialism, Peronism.